

LOF 4U

ENSÉÑAME

EL CIELO



DESTINO

Enséñame el cielo

LOF YU

DESTINO

DESTINO INFANTIL & JUVENIL, 2015
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta S. A.

© Adrià Font, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: junio de 2015
ISBN: 978-84-08-14257-7
Depósito legal: B. 10.888-2015
Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.
Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

Te amo de ida y de vuelta

—¡Escapémonos juntos! —exclama Sole mientras agarra a Óscar por la solapa de la camisa—. ¡Lo podemos hacer! —La chica levanta la voz entre los pasillos de la vieja biblioteca.

—¡No hagas tanto ruido! —Óscar le tapa la boca con la mano y le murmura—: ¿Y adónde iremos, si se puede saber?

—¡A donde sea! ¡Tenemos todo un mundo a nuestro alcance!

—No me puedo creer que vayas en serio. Sole, mi amor, ¡eso es una locura!

La chica se aleja unos pasos de Óscar y le da la espalda:

—¿Acaso el amor no es una locura?

—¡Chsss! —sisea la bibliotecaria desde el fondo del pasillo.

Óscar se acerca a la chica y le dice:

—El amor no es ninguna locura. Son las cosas que hacemos por amor las que nos vuelven locos.

—¿Y por eso me dijiste que serías capaz de hacer cualquier cosa por mí?

—Y sigo pensando igual —le susurra el chico al oído.

Muy lentamente acerca los labios a ella, pero en el último momento la chica gira la cabeza—. ¿Qué te pasa?

—Nunca pensé que te diría esto, pero... ¡me mentiste...!
—dice Sole, indignada.

—Reconoce que no tienes ningún plan y que escaparse no es la solución. —Óscar se pone serio.

—Sólo quería saber si estás conmigo o no.

—¡Claro que estoy contigo!

—¡Pues escapémonos! El mundo está lleno de trenes, autobuses, aviones, barcos, bicicletas, patines...

Óscar la corta.

—Sole, ¿y mi equipo de fútbol?

—Y en todos los países hay grandes ciudades y pueblos pequeños, y casas grandes, pequeñas y medianas. Y eso, sin contar las casas en medio del bosque.

—¡Ya! Y si nos escapamos, ¿quién ganará la liga?

—¡La ganará otro! ¿Elegirías el fútbol antes que irte conmigo?

—¡Sole! ¡Son dos cosas muy diferentes!

—¡Chsssss! —La bibliotecaria vuelve a llamarles la atención. Óscar se disculpa con un cabeceo, y Sole continúa la conversación:

—Elige: o tu fútbol o yo.

El chico sonrío y le contesta:

—Me lo pones muy fácil: el fútbol y tú.

—¡Eso no vale!

—¿Por qué no? Son dos amores diferentes que salen del mismo corazón. —Óscar le sonrío, y Sole, mal que le pese, le devuelve la sonrisa.

—Pues mira lo que te digo: si no vienes conmigo, me iré yo sola —sentencia la chica.

—¿Y adónde vas a ir? —Óscar deja un breve instante para que Sole responda, pero ésta se queda pensativa y el chico decide continuar—: Oye, no es para tanto. Será sólo un mes, sólo cuatro semanas de nuestras vidas. —Óscar le acaricia el pelo con ternura.

—No es justo —dice la chica haciendo pucheros.

—Mira, hoy hace justo tres meses, una semana y seis días que estamos juntos. Tenemos dieciséis años. Si a dieciséis le restas el tiempo que llevamos juntos, te quedan quince años y siete meses sin mí. Si has podido pasar todo ese tiempo sin mí, ¿por qué te pones así por un mes?

—¡Porque no quiero pasar el verano en el pueblo con mis padres! ¿Quizá porque quiero estar contigo?

—¡Pero si ya estás conmigo!

—¡Voy a pasarme todo el verano sin ti!

—Bueno, para mí tampoco va a ser fácil, ¿vale?

La vieja bibliotecaria se acerca a la pareja con cara de pocos amigos. Sole se esconde tras la espalda de Óscar. No sabe cómo se llama la mujer, pero la conoce, porque durante el curso ha ido a estudiar ahí con sus amigas.

—¿Por qué no os vais a hablar a la calle? —pregunta la señora mirándolos por encima de sus gafas metálicas.

—Es que no encontramos un libro —se excusa Óscar.

—¿Y qué libro buscáis? —pregunta la mujer.

—Uno para leer —responde Sole con tono inocente.

La mujer se queda callada observando a los chicos y luego dice, ofendida:

—Todo lo que hay aquí es para leer.

—Disculpe a mi amiga. Hemos venido porque para septiembre tengo que hacer un resumen de *Moby Dick*.

—¡Y si tiene también el DVD, mucho mejor! —continúa Sole.

La bibliotecaria no presta atención a las palabras de la chica y les hace un gesto para que la acompañen. La mujer se vuelve y la pareja la sigue hasta la zona de novela de aventuras. De camino, Sole le susurra a Óscar al oído:

—Huele a la laca de mi abuela. —Y la pareja se sonríe.

—Te he oído, niña —dice la mujer sin volverse.

A Sole le da un vuelco el corazón y piensa: «¿Cómo me ha podido oír? ¡Si lo he dicho súper bajito!».

—Yo lo oigo todo, niña —explica la bibliotecaria mientras busca entre los libros, ante la mirada atónita de la muchacha—. Aquí tienes el libro —le dice a Óscar. Luego, se dirige a Sole—: No tenemos la película, que por cierto es malísima.

—Ya lo sé —replica la chica—; he visto la tapa del libro y la tapa de la película, y definitivamente me quedo con la del libro.

Por insolente que pueda parecer, a la mujer le hace gracia, pues en la biblioteca la gente no suele hacer este tipo de comentarios. Al verla sonreír, Sole añade:

—Era broma.

A continuación, Óscar coge prestado el libro con su carné y salen a la calle entre risas.

—¡Siempre la tienes que liar! —exclama el chico, y le da un beso.

—Pobre mujer, en la biblioteca no había nadie. Todo el mundo está de vacaciones. ¡Yo sólo he intentado hacerla sonreír!

—Por un momento pensé que te iba a arrear un sopapo.

—Qué va, la conozco. He venido a esta biblioteca todo

el curso. No es un trabajo fácil, ¿sabes? Tiene que pasarse todo el día haciendo callar a los estudiantes. Es como la policía del silencio.

—Eres muy imaginativa, a veces pienso qué es lo que pasará dentro de esta cabecita... —Óscar le acaricia el pelo.

—Soy imaginativa porque me gusta leer. Es una virtud que tengo.

—Pues yo no. Debo leerme este tocho para septiembre... ¡¿Quién me manda suspender?!

—Mi examen de recuperación de mates es el día cuatro. ¿Y el tuyo?

—También —resopla Óscar—. Qué palo...

La pareja camina sin rumbo por la ciudad. Ambos saben que Sole tendrá que irse dentro de poco. La inquietud que les provoca la despedida se respira en el ambiente. Desembocan en una estación de tren que a Sole siempre le ha encantado. Es antigua, y tiene los techos de vidrio y metal, un lugar del siglo XIX habitado por palomas y vagabundos.

—¡Entremos! —le suplica la chica mientras se agarra del brazo de su novio.

—No me apetece.

—¡Hazlo por mí, *please!*

Entran en la inmensidad del salón de la estación. Un gran reloj marca las doce en punto del mediodía; ni un minuto más, ni un minuto menos. Sole y Óscar se sitúan en el medio, cogidos de la mano, y la chica cierra los ojos.

—¿Qué haces? —pregunta él.

—Escucho —responde ella—. En una estación hay tres clases de personas: las que tienen prisa porque su tren está a punto de partir; las que van más tranquilas, porque ya han llegado.

—¿Y las terceras?

—Las terceras son como tú y como yo.

—No lo pillo.

—Son las personas que se despiden y no quieren despedirse. —La chica abre los ojos—. Jamás pensé en despedirme de ti. —Sole abraza con fuerza a Óscar.

—Ni yo.

—¿Me esperarás?

—¡En medio de la estación, si hace falta!

El abrazo es tan fuerte que parecen una estatua en el centro de la estación.

—Somos tontos —dice el chico disimulando una lágrima.

—¿Por qué? —pregunta ella.

—Porque no vas a coger ningún tren. La gente pensará que nos estamos despidiendo y, si ahora nos ven salir, nos tomarán por locos.

El comentario de Óscar le ha dado una idea, y Sole se pone a hacer cola en la ventanilla de venta de billetes.

—¿Qué haces? —pregunta el chico.

Pero su novia no contesta, es su turno.

—Buenos días, ¿me podría dar dos billetes, por favor?

—¿Adónde? —contesta la taquillera desde detrás del cristal.

—No sé... —La chica mira a Óscar—. Nos gustaría ir a la costa. Queremos ir a la playa.

—Eso es un billete de tres zonas —contesta la mujer de manera antipática.

—Pues quiero dos billetes. —Sole busca la cartera en su bolso.

—¿Ida y vuelta?

—No, sólo ida.

Sole coge los billetes, mientras que Óscar parece un interrogante con patas.

—Yo no me voy —dice él, negando con la cabeza.

—Sí que te vas. —Sole se le acerca, cariñosa.

—Que no.

La chica tiene los dos billetes en una mano y busca un bolígrafo en el bolso.

—Tranquilo: no nos vamos a ir ahora. Estos dos billetes... —Sole apunta algo en ellos, mientras continúa hablando—, estos dos billetes son de ida para cuando nos volvamos a ver. Son los billetes que simbolizan nuestro amor. EL AMOR QUE SIEMPRE VUELVE.

—Ostras, Sole... —dice él, incrédulo—. El mes pasado me viniste con que teníamos que encontrar un puente para ponerle un maldito candado, y ahora ¿esto? Deberías dejar de leer novelas románticas: no te hacen ningún bien.

—Toma. —La chica le da uno de los billetes, en el que ha escrito algo—. Tú tendrás mi billete y yo tendré el tuyo.

El chico lee lo escrito en su billete: hay dibujado medio corazón, el otro medio corazón lo tiene ella. También hay una pequeña frase: *Te amo de ida y vuelta*.

El chico se emociona.

—Sole, eres única. —La abraza y le da un largo beso.

La pareja sale lentamente de la estación.

—Bueno, supongo que es hora de irnos.

—Nos vamos para volver —dice Sole con media sonrisa triste.

—Pásatelo bien —susurra su chico, y la abraza otra vez—. Te quiero, ¿vale?

—Y yo a ti también —responde ella y, para quitarle hierro al asunto, agrega—: ¡Que entrenes mucho!

—Lo haré —dice él, sonriendo.

—Adiós —se despide Sole, sin soltar la mano de su chico.

—Adiós, no. Mejor hasta luego —añade Óscar en el mismo instante en que sus manos dejan de tocarse.

—Hasta luego, pues. —Sole mete las manos en los bolsillos para conservar el calor de las de su chico.

En ese mismo instante, en casa de los padres de Sole

El espíritu de las vacaciones aún no ha llegado. Todos están pendientes de ver en qué estado regresará Sole.

—¿Qué hora es? —pregunta Inés a su marido.

—La una menos cinco —responde Ernesto.

—¿Y Sole?

—Seguro que estará de camino —le contesta él desde el comedor, mientras hace un recuento de las maletas y los bultos que se van a llevar.

—¿Estás listo, Andrés? —le pregunta la madre a su hijo.

—No te oye. Está en su habitación escuchando música con los cascos —replica el padre.

Inés resopla. Se está empezando a enfadar. Para ir bien de tiempo tendrían que haber salido hace una hora, pero parece que en casa nadie esté listo. Su marido se percata del estrés que está sufriendo su mujer y trata de calmarla:

—Voy al aparcamiento con Andrés, y así vamos bajando cosas, ¿vale? Sole llegará en nada. Tranquila, que todo va a ir bien. ¡Andrés! —grita, y se dirige hacia el pasillo, para asegurarse de que su hijo le ha oído.

—¿Sí, papá?

—¿Estás listo?

—Yesssss —contesta Andrés medio cantando, aún con uno de los auriculares puestos y escuchando música.

—¡Ayúdame con las maletas!

Y justo entonces entra Sole por la puerta, a paso lento y con los ojos hinchados. Su madre se alegra, aunque no le siente bien ver a su hija tan triste.

—Ayuda a tu padre, por favor —le dice con suavidad.

—Papá, ¿y nos llevaremos la mesa de *ping-pong* del garaje? —pregunta Andrés mientras carga las cosas en el ascensor.

—Sí, hijo, como que va a caber. Además, esa mesa ya es vieja: creo que la tendremos que tirar. —El padre no sabe lo que acaba de decir. Esa mesa de *ping-pong*, vieja y polvorienta, representa una parte importante de la infancia de sus hijos.

—¿Cómo que tirar...? ¡Me dijiste que nos la llevaríamos al pueblo! ¡Tengo las palas en la mochila!

—A ver, Andrés, o tu mesa de *ping-pong* o las maletas. ¡No podemos con todo! —se excusa su padre.

—Pues si no viene la mesa de *ping-pong* yo tampoco voy —sentencia Andrés.

—Pero, hijo, ¿cuántos años tienes? ¡Estás a punto de cumplir los dieciocho! ¡Deja de comportarte como un niño!

—Pues yo también me quedo. —Sole se añade a la reivindicación.

Su padre resopla con fuerza. No puede soportar que sus hijos se le pongan en contra y, además, a la vez.

—A ver, Sole, ni Óscar es una mesa de *ping-pong*, ¡ni tu mesa de *ping-pong* es tu novia, Andrés!

Los hermanos empiezan a hablar al unísono. Cada cual se queja según sus intereses. Inés los oye en la puerta del ascensor y, cuando se asoma, les grita:

—¡Parad! ¡Ya basta! —Su voz resuena en el rellano—. No quiero oír ni una palabra más.

Los hijos aceptan las órdenes de su madre, no sin que antes Andrés rechiste:

—Pero...

—¡Chss! —dice la madre, poniendo el dedo índice delante de la boca.

—Pero... —Ahora es Sole quien trata de interrumpir.

—¡He dicho que chss! —repite la mujer, y consigue, al fin, que callen.

En silencio, puesto que los ánimos ya están más que caldeados y a la mínima chispa podría prender fuego, la familia acaba de meter las maletas en el ascensor y baja al garaje. Al cabo de unos veinte minutos, el coche ya está cargado. Andrés y Sole están en el asiento trasero, entre algunas bolsas de ropa. Todos están listos, y sólo falta arrancar. Ernesto pone las llaves en el contacto, pero algo no funciona; la situación se vuelve tragicómica, los chicos contienen la risa, mientras que la madre intenta disimular su furia. Después de unos cuantos intentos fallidos, el padre arroja la toalla y mira a su mujer esperando que no le caiga una gorda.

—Nos hemos quedado sin batería, cariño.

—Me lo temía. ¡Hoy nada podía salir bien! —se queja ella.

—Tendré que llamar al mecánico... Espero que no esté de vacaciones —comenta el hombre sacando el móvil.

En el coche, no se oye ni un suspiro. La que está a punto de explotar es Inés.

—Sí, hola, Jaime. —Ernesto le hace el símbolo de okey con la mano a su mujer, que le responde frunciendo los labios—. Mira, que me he quedado sin batería; ¿no podrías venir a casa y echarle un vistazo? Sí... Ajá... De acuerdo, muy bien... Hasta luego. —El padre cuelga el teléfono.

—¿Qué ha dicho? —pregunta Inés.

—Que va a venir, pero que ahora no puede.

—¿Y cuándo podrá?

—Me ha dicho que vendrá sobre las seis. —Ernesto calla esperando la respuesta de su mujer.

—Está bien, entonces saldremos sobre las ocho —responde ella con resignación.

—A las ocho, puntuales —reafirma él.

Sole no se cree lo que está oyendo, y no duda en intervenir:

—¿Eso quiere decir que tenemos la tarde para nosotros?

—Sí, Sole... —contesta el padre, cansado.

—Mamá, ¿puedo ir a ver a Óscar? —le ruega la chica emocionada.

Inés mira a Ernesto con cara de *no hay nada que hacer*, se vuelve y responde:

—Si me prometes volver puntual, sí.

Sole sale del coche dando por respuesta un grito de alegría, y corre hacia el ascensor sin esperarlos. Aunque sólo disponga de tres horas, ¡un rato más con Óscar representa una eternidad! «¡Cuando me vea va a alucinar!»